

PRESENTACIÓN DEL LIBRO PROTOCOLO, HISTORIA Y CEREMONIAL DE LAS IGLESIAS, CONFESIONES Y RELIGIONES.

Vivimos en tiempos convulsos, inciertos y un tanto desesperanzados. Quizá necesitemos ahondar más en el pensamiento, la reflexión y el devenir humano. Todos los tiempos son malos, pero es la manera de vivirlos los que lo hacen mejores o peores. “Dicen que los tiempos son malos, difíciles. Vivamos bien y los tiempos se volverán buenos. ¡Nosotros somos los tiempos! ¡Los tiempos son lo que somos nosotros!”¹. Habrá que ponerse en camino con la esperanza puesta en nuestros corazones. Esto es lo que hoy nos hace falta. La dificultad no reside en los tiempos, sino más bien en nosotros. ¿No será que los problemas se encuentran en cada uno? Y entonces ¿Quiénes somos nosotros?

Un acontecimiento político de fatales consecuencias se encargaría de que el lector de Ernest Bloch entre las montañas suizas se convirtiera en su amigo en la Universidad de Tubinga. Corría el año 1961. Bloch estaba de vacaciones en la República Federal Alemana cuando el gobierno comunista de la República Democrática Alemana levantó el muro de Berlín. Bloch no se lo pensó dos veces: renunció inmediatamente a su cátedra en Leipzig, donde había sido acusado de *veleidades teológicas*, una línea de trabajo liberal y libertaria que le llevó al enfrentamiento directo con las autoridades comunistas alemanas y se quedó para siempre en Tubinga.

El conflicto político ya venía de atrás, cuando se produjo la invasión de Hungría por parte de las fuerzas del Pacto de Varsovia. Su casa se encontraba muy cerca del Seminario protestante donde en otros tiempos vivieron Hegel, Hölderlin y Fichte. Un lugar muy apropiado para Bloch que había escrito un libro sobre Hegel. Fue allí, en la Universidad de Tubinga, donde estos dos pensadores de la filosofía y la teología, Bloch y Moltmann, fueron a confrontar sus pensamientos sobre la esperanza.

Fueron diálogos para no olvidar. A Moltmann le fascinaba la ontología del “*todavía no*”, de Bloch, es decir, su apego filosófico al futuro, a la esperanza. Era una preciosa ayuda para su teología de la esperanza. Eso sí: se imponía transformar el *Dios esperanza* de Bloch² en el *Dios de la esperanza* de Moltmann. Dicha tarea la llevaría a cabo a lo largo de toda su obra. Rechaza la absolutización de la esperanza, llevada a cabo por su amigo Bloch, y la remonta y subordina a Dios, el único que la hace posible. Bloch había entonado un gran elogio filosófico, antropológico, a la esperanza, pero no sabía si hay algo que esperar tras la muerte. Se debatió siempre entre la gran Trascendencia o también llamada la *Esperanza* con mayúscula, Dios, y nuestras pequeñas trascendencias de cada día, es decir, la esperanza con minúscula.

El título de su conferencia inaugural en la Universidad de Tubinga fascinó a un abarrotado Salón de Actos: *¿Puede frustrarse la esperanza?* La respuesta de aquel peregrino de la esperanza fue afirmativa. Bloch había asistido ya a muchas y demasiadas frustraciones de sus esperanzas intrahistóricas. Ante la otra esperanza, la esperanza final, se declaraba incompetente. Como buen estudioso de la historia de las religiones, sabía que estas no informan sobre lo que “*saben*”, sino sobre lo que “*creen*”. Y él no era creyente. De ahí que no pudiera acompañar a su interlocutor, teólogo cristiano, en la transformación de la *esperanza en confianza*. Tampoco podía aceptar que el *Futurum* terminase llamándose *Adventus*.

¹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Sermón* 80, 8: PL 38, 498.

² Cf. BLOCH, E., *El principio esperanza*, Madrid 2007; obra escrita entre 1954-1959.

Moltmann³ defendía que la resurrección de Jesús era histórica no porque hubiera ocurrido en la historia, sino porque *había hecho historia*. Es decir, porque a partir de la creencia en ella se habían abierto amplios espacios a la esperanza. Miguel de Unamuno dejó escrito que a partir de esa fe *nuestro trabajado linaje humano sería algo más que una procesión de fantasmas que van de la nada a la nada*⁴. Una frase que aceptaría el buen conocedor de Unamuno que fue Moltmann y que tampoco desagradaría a Bloch. Es de justicia recordar la figura y la obra de otro español que también pensó en la esperanza. Me refiero a Pedro Laín Entralgo. Su libro, *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano*⁵, ofrece un impresionante recorrido por los logros y fracasos de las esperanzas humanas. Laín estaba convencido de que la esperanza es muy propia de nuestra tierra y de nuestras gentes. Evocaba “*la visión esperanzosa de otra vida*”⁶, de Unamuno. Y nunca se olvidaba de citar el lema de Quevedo: “*Yo solo en la esperanza me confío*”⁷. La esperanza era para Laín una especie de imperativo categórico, veía en ella “*el nervio de la ética*”⁸. A los de su profesión, a los médicos⁹, los llamó “*dispensadores de esperanza*”¹⁰. Y, en los tiempos desesperanzados que le tocó vivir, Laín evocó en sus libros otras fechas más proclives a la esperanza. Cesó de rector en 1956, junto el ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz Giménez, por el régimen ante el cierre de la Universidad Central. La antropología de la esperanza en los estudios de Laín, parte de la biología de la espera y navegando a través de la antropología y la metafísica llega a una teología de la esperanza. Para Laín la esperanza del hombre es ser en sí escatológico, abierto a sus posibilidades de futuro, como modo de ser de la existencia humana. La idea de Laín Entralgo sobre la esperanza¹¹ consiste en la necesidad óntica y existencial de obtener una respuesta cuando el hombre se pregunta. ¿Es necesario creer en la esperanza?

Da sentido a la vida¹². Claro está que, el esfuerzo de la esperanza supone una creencia, una fe, que hace viable la creencia. La esperanza esperanzada nos invita a soñar con el futuro. La misma vida humana, por mucho que lo queramos disimular, es un permanente esperar. Las esperas se suceden ininterrumpidamente, sin que podamos evitar estar mirando hacia ese futuro que vamos construyendo en un incansable deseo de conseguir lo mejor. Siempre esperamos, unas veces con el entusiasmo engrandecido por la ilusión que nos da una extraña certeza de conseguir lo deseado, y otras ocasiones con el desánimo de un logro que se nos va escapando. De ahí que, Emmanuel Kant, plantea que *todo esperar se dirige a la felicidad*¹³. La esperanza es la virtud de un corazón que no se detiene en el pasado, no vive en el presente, sino que sabe ver el mañana. Hoy también nos preguntamos como todos ellos, qué sentido poseen las distintas religiones y confesiones religiosas. Este libro que hoy presentamos intenta llevarnos a un mayor conocimiento de la historia, el protocolo y el ceremonial que tiene cada una de ellas y busca, ante todo, aquella reflexión, el pensamiento abierto y el devenir humano.

³ Cf. MOLTSMANN, J., *Teología de la esperanza*, Salamanca 1972.

⁴ Cf. UNAMUNO, M. DE, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid 1913, p. 46; Barcelona 1988, p. 47.

⁵ Cf. LAÍN ENTRALGO, P., *La espera y la esperanza. Historia y teoría del esperar humano*, Madrid 1957.

⁶ Cf. UNAMUNO, M. DE, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid 1913, p. 213; Barcelona 1988, p. 214.

⁷ Cf. QUEVEDO, F. DE, *Las tres musas últimas castellanas*, Madrid 1670 y Madrid 1999.

⁸ Cf. LAÍN ENTRALGO, P., *Antropología de la esperanza*, Barcelona 1978, p. 201.

⁹ Cf. PEÑA GONZÁLEZ, J. - PIÑAS MESA, A. (EDS.), *La antropología médica de Pedro Laín Entralgo*, Madrid 2023.

¹⁰ Cf. LAÍN ENTRALGO, P., *Antropología de la esperanza*, Barcelona 1978, p. 7.

¹¹ Cf. LAÍN ENTRALGO, P., *Creer, esperar, amar*, Barcelona 1993, p. 174.

¹² Cf. DÍEZ-ALEGRÍA, J. M^a., *¡Yo creo en la esperanza! El credo que ha dado sentido a mi vida*, Bilbao 1975, p. 4.

¹³ Cf. KANT, E., *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires 2007, p. 821.

La teología cristiana de las religiones ha ido evolucionando desde una dimensión eclesiocéntrica, de los XIX primeros siglos del cristianismo, a un mayor desarrollo cristocéntrico a partir del Concilio Vaticano II y, por último, a finales del siglo XX e inicios del XXI, a una fuerte expresión teocéntrica. Es decir, la centralidad ha derivado desde la Iglesia, pasando por Cristo para llegar a Dios. Este es el eje para poder entender la presencia divina en todas las religiones del mundo.

Esta es una de las razones que han llevado a la escritura y preparación de este libro, mostrando cómo las distintas confesiones, iglesias y religiones del mundo siempre han estado presentes en la vida de las personas, en esos momentos concretos donde celebramos las ocasiones importantes de la vida, acompañamos las situaciones difíciles, o expresamos de qué manera queremos estar en medio de la sociedad y de nuestra gente.

Quizá hoy más que nunca, en este mundo sacudido por la falta de certezas y cada vez más lleno de preguntas y cuestionamientos, necesitamos volver a abrazar el convencimiento de que la diversidad de confesiones e iglesias que hay en el mundo sobre todo intenta aproximarse a la compleja dimensión humana como un todo, y haciendo un esfuerzo por revalorizar y significar todo aquello que carece de explicación científica pero precisa de análisis, reflexión y cuestionamiento: las grandes preguntas por el sentido de la vida.

No podemos abrazar la realidad exclusivamente desde la razón, o desde el dato más puramente empírico, pues nos estamos perdiendo la grandeza de la vida que se manifiesta en lo súbito, en el misterio, en lo complejamente inexplicable que con todo nos fascina y nos atrae. Y es ahí donde la fabulosa amplitud de religiones y confesiones procuran ofrecer un suelo para caminar y unas pistas para orientar y señalar la otra realidad que subyace bajo lo que ven los ojos y solo desde el corazón se alcanza a intuir.

Tiene mucho sentido que esta presentación se haga en este año, dedicado por los católicos a la esperanza, puesto que los protocolos y ceremoniales descritos a lo largo de estas páginas nos recuerdan que las distintas religiones e iglesias tienen como tarea principal anclar y ayudar a vivir ese deseo y expectativa del bien que tenemos todas las personas. Ésa es nuestra esperanza.

El papa Francisco, en la Bula para la convocatoria del Jubileo 2025, *Spes non confundit*¹⁴, nos recuerda que los signos más claros que el mundo actual necesita mostrar para que la realidad humana se asiente en la esperanza son aquellos que realzan la paz en el mundo, la atención de los pobres y enfermos, el trabajo con los exiliados, la promoción y educación de la juventud, la apuesta por una vida con sentido que mire al futuro, el cuidado de los ancianos, marginados, desplazados, refugiados...

Para todos ellos, las distintas religiones intentan, cada una a su manera, desarrollar e incluir en la amplitud de sus realidades, distintas prácticas y propuestas concretas mediante las cuales las personas tengan referentes válidos y explicaciones claras que les ayuden a vivir su camino en la vida apostando por el sentido, el esfuerzo, la espiritualidad, y lo esencial que lleva a la felicidad que aludíamos al principio. Este libro así lo quiere recoger y mostrar para todos aquellos que se acerquen a la realidad de la fe como propuesta de sentido y realización.

¹⁴ Cf. FRANCISCO, “Bula *Spes non confundit*”, en AAS 116 (2024) 647-665.

No hay ninguna razón para que los diferentes tratados de la teología dogmática no sean enriquecidos por la confrontación con otros sistemas religiosos. Sólo algún ejemplo, que puede ilustrar este punto. Cuando se habla del misterio de la Trinidad, ¿no sería posible considerar la interpelación presentada por la tradición hindú, que ve claramente la manifestación de un Ser Absoluto en varios? O bien, hablando de la Creación, ¿no sería posible considerar la interpelación presentada por la enseñanza budista sobre la causalidad condicionada? Pues todo el universo está interconectado. ¿No se facilitaría la explicación de los conceptos cristianos de revelación y de inspiración, si se les presentara en contraste con el enfoque islámico de cómo Dios se comunica con la humanidad? Creo que es necesario tener en cuenta por medio de un examen riguroso y una visión intelectual respetuosa de los otros sistemas religiosos, ¿no se podría alcanzar una mejor y más profunda apreciación de la originalidad de los misterios cristianos?

El mutuo enriquecimiento entre el estudio de las religiones y la teología cristiana no se limita, queda abierta a la curiosidad intelectual, el pensamiento, la reflexión y el devenir humano.

Muchas gracias.

Laudetur Iesus Christus

Enrique Somavilla Rodríguez, OSA
Rector del Real Centro Universitario Escorial- María Cristina